ANTOINE FLEYFEL (2013). *Géopolitique des chrétiens d'Orient. Défis et avenir des chrétiens arabes.* París: L'Harmattan, 215 págs.

Este ensayo del joven franco-libanés Antoine Fleyfel sigue estando de plena actualidad, aunque ya tenga unos años, y pretende arrojar luz sobre la «geopolítica» de los cristianos de Oriente. El título y el objetivo son, evidentemente, muy ambiciosos. Por eso, lo primero que hace el autor es delimitar qué pretende realmente con el libro. Quiere hacer frente a prejuicios y ofrecer una visión de conjunto que falta, aunque existan estudios específicos sobre la situación de los cristianos en países como Egipto o el Líbano. Con *geopolítica* quiere decir que se centra en el papel que los «cristianos de Oriente» juegan en sus respectivos países (y fuera de ellos) desde el punto de vista demográfico, económico, político, militar, cultural y religioso. El libro tiene una estructura muy clara: dedica el primer capítulo a aclarar qué quiere decir con «cristianos de Oriente» y, luego, dedicará un capítulo a cada lugar estudiado: el Líbano, Jordania, Iraq, Tierra Santa, Egipto y Siria.

¿Qué quiere decir, entonces, cuando habla de «cristianos de Oriente» (aunque en España solemos hablar más bien de «cristianos orientales»)? Es una expresión ambigua, y podría haber escogido otras. Pero, a pesar de ello, la mantiene porque dice que es una expresión que está en la conciencia colectiva, en la literatura profana y religiosa, en el mundo de la política y de la diplomacia (véase, por ejemplo, la página web del Ministerio de Exteriores francés), y también en ciertas asociaciones caritativas como L'Œuvre d'Orient. Como se ve, usa la expresión por lo corriente que es en el mundo francófono, mientras que expresiones sinónimas («cristianos de Oriente Próximo», «cristianos orientales») pueden llevar a confusión. De hecho, hay una explicación para cada expresión no elegida. Significativo que no ha elegido la expresión «cristianos árabes», aunque es una expresión muy usada en los mismos países árabes porque los cristianos de allí tienen la conciencia de vivir en la región que ellos llaman «Oriente» (Máshreq). Y, basándose en un estudio de Georges Corm, precisa que esa región es, para los cristianos árabes, la llamada región del «Creciente Fértil» (el Líbano, Siria, Palestina, Iraq, Jordania), a la que se añade, con toda seguridad, Egipto.

Si usara la expresión «cristianos árabes», no se entendería tanto en el mundo francófono, mientras que los cristianos de los citados países se sienten incluidos en la expresión «cristianos de Oriente». Pero ciertamente, al pensar en los cristianos de Oriente, nosotros no pensamos solo en los cristianos árabes, sino también en los de Turquía, Irán, Etiopía e, incluso, en los del este de Europa. Efectivamente, la expresión es ambigua, por eso tuvo que añadir en el subtítulo de la obra: «Desafíos y futuro de los cristianos árabes». Aunque deje fuera a los cristianos de estos países y se dedique solo a los de los seis mencionados, no podemos olvidar que, dentro de ellos, se da una gran diversidad; están lejos de ser un bloque monolítico. Fleyfel los agrupa en cinco familias, que suman veintiuna Iglesias distintas. Sin embargo, hay un «eje» común que nuestro autor considera importante en estas Iglesias como característica de los cristianos de Oriente (aunque con matices): la noción de *arabidad.* La arabidad va más allá del uso de la lengua

árabe y comprende una identidad cultural, y una serie de sentimientos, que desde la Nahda del siglo XIX la convierten en algo muy importante para el tema del libro: los desafíos y el futuro de los cristianos árabes en sus respectivos países, en los que conviven, sobre todo, con el islam. El último apartado del capítulo se dedica a explicar que los cristianos de Oriente tienen muy presente, aunque su implicación sea mayor o menor según qué casos, la «causa palestina».

El primer país que analiza Fleyfel es el Líbano, que es el que mejor conoce. El título que le pone es «País de régimen confesional», pero para entenderlo mejor en castellano tendríamos que leer «pluriconfesional». Es decir, el Líbano es un país confesional, pero no en cuanto que se «confiesa» unívocamente, sino en que se estructura políticamente según las diferentes confesiones religiosas; régimen heredero de los *millets* otomanos y que reposa sobre el Pacto Nacional libanés de 1943 y la Constitución de 1926. Para el Estado libanés, cada ciudadano pertenece obligatoriamente a una de las dieciocho confesiones religiosas reconocidas. De estas, las cristianas son: maronita, greco-ortodoxa, greco-católica, armenia ortodoxa, armenia católica, siríaca ortodoxa, siríaca católica, asiria, caldea, copta ortodoxa, latina, protestante. Y las musulmanas son: chií, sunní, drusa, ismaelí, alauí. Y luego está la de los israelíes (la llama así, en vez de *judía*). Basándose en el censo que hizo Francia en 1932, en esta configuración confesional son los cristianos, y en particular los maronitas (28,8% en aquel entonces), los que gozan de mayor poder político: el presidente de la república y el jefe del ejército han de ser cristianos maronitas. El presidente del Consejo de Ministros ha de ser sunní y el de la Cámara de Diputados, chií.

La preeminencia de los maronitas fue, según los estudiosos, una de las causas de la guerra libanesa (1975-1990); y se intentó solucionar con el Acuerdo de Taif, de forma poco convincente para nuestro autor. Otra de las razones viene de las injerencias extranjeras, por eso no la llama *guerra civil.* En particular, la relación con Siria ha jugado un gran papel en la política del Líbano, así como la tormentosa relación con Israel. Es difícil resumir todo el análisis, pero como Taëf desposeyó al presidente de la república de muchos poderes y estableció una estricta paridad de diputados cristianos y musulmanes, y además Siria intervino con mucha presencia en el país en los últimos años de la guerra, los cristianos del Líbano tenían mucho malestar en 1990. De 1990 a 2005, se pasa este periodo llamado de «frustración cristiana» con dos figuras políticas aglutinadoras de la acción de los cristianos: el general Aoun y Samir Geagea; así como con una importante labor entre bastidores del patriarca maronita Nasrallah Sfeir. Un nuevo periodo comienza cuando el 14 de febrero de 2005, el «gigante» político sunní Rafiq Hariri es asesinado. Los cristianos se suman a las protestas en la plaza de los Mártires y se crea un sentimiento de unidad nacional (con la excepción de los chiíes encabezados por Hezbollah, fiel aliado de Siria). Nace la «Revolución del Cedro» y, finalmente, gracias también a la presión de la ONU, Siria se retira del país. Retornan del exilio y encarcelamiento respectivos Aoun y Geagea, lo cual da a los cristianos algo de entusiasmo político, aunque los dividirá entre ellos bastante. En fin, es importante la afirmación de Fleyfel de que, en la actualidad, aunque la Iglesia maronita preste un gran servicio a

la sociedad, los cristianos del Líbano están relegados a un tercer puesto, por detrás de sunníes y chiíes. Ciertamente, en la actualidad los musulmanes son mayoría, pero el autor, como cristiano maronita, reivindica una mayor visión histórica y, también, libre de injerencias.

El capítulo III se dedica a «Jordania: ¿reino de cristianos felices?». Según el análisis de Fleyfel, desde luego es el país en que los cristianos, a día de hoy, gozan de mejor situación. Y es por eso que son los cristianos menos conocidos en Occidente. Son activos cultural, económica y socialmente, comprometidos con las causas árabes y el diálogo interreligioso, y fieles al rey y a su historia. Pero afrontan desafíos como una islamización cada vez más totalizadora de la sociedad, la emigración o una baja tasa de natalidad.

La religión del Estado en Jordania es el islam, pero (herencia del sistema de los *millets* otomano) reconoce a la minoría religiosa de los cristianos y les otorga cierta autonomía. Por ejemplo, los artículos 6 y 14 de su Constitución establecen la igualdad ante la ley de todos los ciudadanos y la libertad de culto, respectivamente. Las Iglesias pueden ejercer enseñanza confesional, resolver sus asuntos internos y, desde el 2009, el Consejo de Iglesias de Jordania (formado por las once Iglesias reconocidas oficialmente por el Estado) es un interlocutor del Estado para cuestiones como los permisos de trabajo, los certificados de matrimonio, etc. En cuanto al número de cristianos, Fleyfel lo sitúa en el 4%: 200-250.000. Además, un 10% de senadores, nombrados por el rey, son cristianos; y en el Parlamento eran un 6,6% en 2013. Los gobiernos tienen siempre algún ministro cristiano, aunque no pueden acceder a los cargos más altos: es interesante que, por lo visto, la razón es que los más altos cargos tienen que dirigir la oración en ciertas ocasiones. Como cuestiones a mejorar, serían para Fleyfel el que el matrimonio mixto solo se contempla entre hombre musulmán y mujer cristiana, el que los currículos no citan la presencia cristiana en el país antes de la llegada del islam y, sobre todo, el que no puede haber enseñanza de la religión cristiana en la escuela pública. Con todo lo dicho anteriormente, impresiona el hecho de que Jordania es el único país árabe en no reconocer este derecho a los alumnos cristianos. Sin embargo, a pesar de la presión de los grupos islámicos en los últimos tiempos, la monarquía sigue siendo una firme defensora de la convivencia islamo-cristiana y lo ha demostrado con ciertas iniciativas.

En el capítulo dedicado a Iraq, se hace una distinción importante para comprender la realidad de los cristianos allí: fundamentalmente, hay cristianos asirios y cristianos caldeos (dentro de la realidad global de doce Iglesias diferentes). Son cristianos que han sufrido mucho, sobre todo una gran «hemorragia migratoria», no obstante su riqueza histórica, cultural, teológica y eclesial. Los cristianos asirios han estado muy vinculados a movimientos independentistas desde la Primera Guerra Mundial, lo cual les ha costado caro: solo quedan unos 25.000, dispersos por el norte de Iraq y con su patriarca en el exilio. Los caldeos, en cambio, apostaron por la «arabidad» y la fidelidad al Estado iraquí en sus diferentes formas, y son actualmente la Iglesia más numerosa en el país. En general, durante todo el gobierno del Partido Baath (1968-2003), los cristianos iraquíes gozaron

de paz y estabilidad, aunque comenzaron a emigrar masivamente durante la guerra del Golfo, y hasta nuestros días, no solo por la guerra, sino por las tendencias islamistas en alza. Y la última guerra ha sumido en caos al país, lo cual acentúa no solo la tendencia migratoria, sino la presión islamista y el miedo para los que deciden quedarse. Fleyfel recoge algunos de los atentados y ataques a cristianos más sonados hasta la fecha en la que edita el libro, pero ciertamente la situación es mucho peor ahora con el DAESH (siglas en árabe del autoproclamado Estado Islámico de Iraq y Levante). El futuro de los cristianos en Iraq parece oscuro, aunque ellos dicen que militarán «hasta la muerte», y para nuestro autor pasa por dos puntos fundamentalmente: 1) que los cristianos permanezcan, no obstante las dificultades; y 2) que obtengan una protección política (por ejemplo, en la región autónoma kurda).

El capítulo V dedicado a Tierra Santa es complicado. Para intentar incluir toda la realidad, independientemente de bajo qué control político se encuentre, elige este título tan cargado de significado para los cristianos: «Tierra Santa». Se ve cómo el origen libanés de nuestro autor le posiciona totalmente a favor de la causa palestina y muy en contra del Estado de Israel. Pero no olvidemos que, sobre todo, trata de la situación de los cristianos. Ofrece, primero, una breve historia marcada por varios hitos: la creación del Estado de Israel y la guerra que siguió en los años 1947-1948, la guerra de los Seis Días en 1967 y los Acuerdos de Oslo en 1993. Después, da una perspectiva de la situación actual, que para los cristianos palestinos, comprometidos históricamente con la causa palestina, no es nada halagüeña desde el punto de vista económico, político o demográfico; signo de ello es la creación del muro en Belén. Pero con los musulmanes palestinos hay convivencia, y hay representación en la Autoridad Nacional Palestina, pues quieren estar unidos a la causa. A los cristianos, de cualquiera de las trece comunidades reconocidas (árabes o no), en Israel se les reconocen las libertades de un Estado democrático y «laico», pero luego sufren discriminaciones en el campo castrense o político.

Resulta interesante la mención que hace de dos grupos de cristianos en Tierra Santa que no considera *de* Tierra Santa (no solo él, sino personas e instituciones más autorizadas). Estos son, por un lado, los que van a Israel provenientes de muchas partes del mundo, pero solo para trabajar. Y, por otro, un grupo de cristianos sionistas, de origen pentecostal, que creen que el Estado de Israel prepara la última venida de Cristo. Rechaza considerar a ambos grupos con seriedad porque cree que (más allá de su bajo número) están fuera de todo el contexto histórico, cultural y sentimental en el que se sitúan los cristianos árabes de Tierra Santa. El futuro no es fácil; por ejemplo, en Jerusalén quedan ya muy poco cristianos y muchas voces se alzan pidiendo «paz» no solo para ellos, sino para todos los que viven en esa tierra que las tres grandes religiones monoteístas consideran santa.

En Egipto, con un 8% de proporción según Fleyfel, los cristianos son los más numerosos de todos los países que estamos considerando en valores absolutos: cerca de siete millones. De todos ellos, los más numerosos con diferencia son los coptos (sobre todo, los coptos ortodoxos), y en ellos se centra el capítulo. Con una historia muy rica, y con un arabismo grande como todos los egipcios, el análisis de Fleyfel concluye que han sufrido, y sufren, una marginalización, pero que se dan

las condiciones para crecer mucho en una sana convivencia islamo-cristiana en Egipto. Por ejemplo, ya hace mucho que se pasó del estado de *dhimmis* al de ciudadanos. La Iglesia copta ortodoxa ha tenido representantes muy potentes en los papas Cirilo VI (1959-1971) y Shenouda III (1971-2012). Pero Egipto, lugar donde nació el movimiento de los Hermanos Musulmanes, los cuales incluso llegaron al poder hace pocos años, ha sufrido una islamización —a pesar del carácter «laico» del periodo de Nasser— cada vez más profunda y radical. Se mira al pasado como tiempo de una moderación y de una convivencia que, sobre todo a partir de 1970, se fue demoliendo. Y cita Fleyfel una serie de ataques contra cristianos importantes en estos últimos cuarenta años. Para nuestros autor, los cristianos en Egipto sufren una discriminación política y legal tal que se ha llegado a una «nueva *dhimmitud*».

Escrito el capítulo mientras los Hermanos Musulmanes todavía gobernaban en Egipto, al final Fleyfel añade un párrafo de esperanza respecto al presente. Como ya se ha mencionado, Egipto tiene muchas posibilidades (por su historia, localización, cultura, demografía) para que los cristianos se sientan allí en casa y en paz; pero el futuro pasa por que sientan que el país cuenta con ellos.

El último capítulo se dedica a Siria, cuya situación, comienza diciendo Fleyfel, está en continuo cambio desde que comenzó la guerra en 2011. Siria cuenta con una historia de protección, e incluso de ser favorable a los cristianos, porque es un Estado «hecho para las minorías», además de por la riqueza histórica de los cristianos en esa tierra. Se nota, desde 1950, la influencia e importancia cultural de los Hermanos musulmanes sirios, pero la ideología del Partido Baath (arabista, laica, plural) les ganaba en fuerza y ha permitido a los cristianos vivir en paz, e incluso con cierta influencia política, económica, social y cultural. No en vano uno de los fundadores del Baath era cristiano, Michel Aflaq. Con la llegada al poder de Hafez, y luego de su hijo Bashar al-Asad, la ideología del Partido Baath continúa en Siria. Y como los alauíes son una minoría, respetarán totalmente a la minoría de los cristianos también: Fleyfel hace un análisis de las implicaciones legales y políticas de esta afirmación. Una condición, sin embargo, para que los cristianos gocen de esta paz total y bienestar en la nación es la fidelidad absoluta al régimen (que controla publicaciones, homilías, la importación de libros extranjeros). Esta es la cuestión. No entra Fleyfel en profundidad a analizar la guerra de Siria, pero sí da su lectura de los acontecimientos que le dieron comienzo. Como dice al final, parece que los cristianos no son actores del conflicto, pero es necesario encontrar una solución porque ellos aportan un «alma» a Siria.

Este ensayo de Fleyfel se lee muy bien y aporta muchos datos utilísimos para tener una visión general de la situación de los cristianos árabes. Pero no podemos olvidar, como cada vez que leemos un libro, que el autor escribe desde su identidad propia, y esta identidad se manifiesta en numerosas tomas de posición y puntos de vista. El mensaje central es de esperanza: ¡hay futuro para los cristianos árabes! Pero, para que sea realidad, hay que afrontar numerosos desafíos.

Aitor de la Morena, Facultad de Literatura Cristiana y Clásica San Justino, Universidad Eclesiástica San Dámaso (Madrid).